

Juan Manuel de Prada

El séptimo velo



Tras la muerte de su madre, a Julio le es revelado un secreto familiar oculto durante medio siglo. Obsesionado por este descubrimiento, inicia una pesquisa que lo obligará a desempolvar episodios oscuros de la Segunda Guerra Mundial, en un itinerario por la Francia ocupada, por la España convaleciente de la Guerra Civil y por la Argentina que sirvió de refugio a notorios nazis, siguiendo los pasos de Jules Tillon, un hombre misterioso que como Julio tuvo que bucear en su pasado para poder seguir viviendo.

A Jimena, luz en mi noche

Grande es esta fuerza de la memoria,
grande de verdad, Dios mío. Es como
un depósito oculto inmenso e infinito.

¿Quién puede llegar hasta el fondo?
Es una fuerza propia de mi alma que
pertenece a mi naturaleza. Pero ni yo
mismo puedo abarcar todo lo que soy.

SAN AGUSTÍN. *Las confesiones*

PRÓLOGO

Llegué a la ciudad de mi infancia apenas una hora después de que mi madre hubiese expirado. Cuando las personas que amamos son ya ancianas o llevan largo tiempo consumidas por la enfermedad, tendemos a representarnos anticipadamente su muerte, en un ejercicio mental preparatorio del trance que nos aguarda. Al contemplar su progresivo deterioro, el avance minucioso de las arrugas, la pérdida inexorable de facultades, los estragos de la decrepitud, en esos meses o años de convivencia previa con la muerte, apreciamos y valoramos lo que pronto perderemos y aprendemos a encarar ese futuro más o menos próximo en que faltarán. Nuestra piedad actúa como un mecanismo de defensa, previniéndonos contra su muerte; y así, las lloramos antes de tiempo, honramos su memoria antes de tiempo, nos atribulamos y desesperamos antes de tiempo, porque sabemos que ese dolor sostenido, consuetudinario casi, nos herirá más livianamente que el dolor abrupto que sobreviene a una pérdida que hemos preferido ignorar. Desde que a mi madre le declararan aquella metástasis cancerígena que interesaba los pulmones y el hígado y hacía inútil cualquier intervención quirúrgica, me había esforzado por asumir su muerte irremediable, convirtiendo su agonía en una despedida dilatada, asistiéndola siempre que podía en sus extenuantes sesiones de quimioterapia. Un espectador desavisado habría interpretado mis desvelos como una conmovedora muestra de entrega filial; pero yo sabía íntimamente que mi propósito era también egoísta, pues ya tenía experiencia de la muerte como golpe fortuito que nos

desarbola y trastorna, y no me veía con ánimos para volver a soportarla.

Ahora que su fin había llegado, como era previsible desde que los médicos le detectaran con tardanza algo negligente la metástasis y se empeñaran en diferir su muerte con tratamientos abrasadores, sentía como si esa convivencia preparatoria con el dolor me inmunizase contra el llanto. Sentado ante su cadáver en la habitación penumbrosa de la funeraria, traté de rescatar ese depósito de lágrimas, vergonzantes o tumultuosas, que se supone que un hijo debe derramar, como testimonio secreto de gratitud, antes de atender las muestras de condolencia de familiares y amigos en el velatorio. Pero mis esfuerzos resultaron vanos. El dolor permanecía ahí, escondido en alguna fibra de mi sensibilidad, pero era un dolor absorto, incluso resignado, mil veces recreado por la imaginación, tan poco plañidero que podía confundirse con la ausencia de dolor. Por contraste, mi curiosidad era acuciante e insidiosa, tanto más acuciante e insidiosa cuanto sabía que no podría ser satisfecha. Cuatro horas antes, mi padre (así lo llamaba yo entonces, con esa certeza que nace de los vínculos consanguíneos antes que de los afectos) me había telefoneado; la voz que me llegaba a través del auricular era premiosa, como enfangada de flemas: «Tu madre se nos va», soltó sin mayores preámbulos, «esta vez se nos va seguro», insistió en un susurro ronco. Y antes de que yo pudiera decir nada carraspeó y añadió en un tono mucho más solemne: «Te suplica que vengas, tiene que contarte algo muy importante». El patetismo de la frase me irritó un tanto: una madre moribunda no necesita suplicar a un hijo que la ama su presencia; y tampoco precisa emplear como reclamo una hipotética revelación perentoria.

Naturalmente, no expresé ese fastidio a mi padre, que a fin de cuentas actuaba como emisario de una voluntad ajena; me limité, antes de colgar, a asegurarle que en un plazo máximo de dos horas estaría allí, que es el tiempo que sue-

lo tardar en cubrir el trayecto que separa Madrid de la ciudad de mi infancia, sin pisar el acelerador (pero hacía cinco años que no pisaba el acelerador, los mismos que llevaba viudo). No lo expresé, porque hubiese sonado quisquilloso o ingrato; pero ese fastidio se fue agrandando a medida que pasaban los minutos y mi automóvil se mantenía empantanado en mitad de uno de esos atascos descomunales que, los viernes por la tarde, convierten la salida de Madrid en una epopeya de la paciencia. Era un fastidio entreverado de perplejidad y exasperación: durante cincuenta años, mi madre había sido la depositaria de mis confidencias, aun de las más lastimadas o escabrosas; ninguna mujer (tampoco, desde luego, ningún hombre) había entablado conmigo una fluencia mutua tan intensa y fecunda. A menudo, mientras exponía a su generosa comprensión algunas circunstancias de mi vida que normalmente los hijos evitan a los padres por pudor o misericordia, había llegado a experimentar, de forma casi física, una especie de agradecida dependencia, como si un secreto cordón umbilical aún nos uniese; y me constaba que era una impresión recíproca. Como casi todas las madres, la mía sólo concebía para mí el mejor porvenir, incluso cuando, por imperativo cronológico, mi porvenir se iba achicando; pero es consustancial a las madres seguir viéndonos como alevines de hombre cuando ya peinamos canas. Le costaba, por supuesto, aceptar que la realidad refutase sus figuraciones, le costaba aceptar que su hijo hubiese empezado a chapotear en un mundo tenebroso tras quedarse viudo. No se recataba de amonestarme cuando yo le desvelaba ese mundo tenebroso que a nadie más me hubiese atrevido ni siquiera a insinuar; y si yo reaccionaba con destemplanza a sus amonestaciones, mi madre, en lugar de enojo, mostraba una delicada pesadumbre que luego se disipaba, cuando notaba mi arrepentimiento. E inmediatamente, para que ese arrepentimiento no me humillase en exceso, encontraba la forma de ahogarlo con una brusca oleada de simpatía y espe-

ranza, la única esperanza que me era deparada, en medio del infierno que estaba atravesando.

De esta corriente de confianza mutua había quedado apartado mi padre desde el principio, no tanto porque nosotros lo hubiésemos excluido sino más bien porque nunca había sido un hombre preparado para tal intensidad de los afectos. Así, al menos, me lo había tratado de explicar, por aquietar mi conciencia, durante todos aquellos años que precedieron a la revelación que iba a trastornar mis precarias seguridades. El amor que no se dice a sí mismo acaba pereciendo por asfixia o inanición, tal vez por eso los enamorados se ensimisman en la repetición de unas fórmulas rituales que actúan a modo de promesas renovadas. Y mi padre, que había sido educado en la represión verbal de ciertos afectos, había mantenido siempre conmigo una relación elusiva, huidiza, incluso avergonzada de sí misma. Tanto que, a la postre, acabó convirtiéndose en una figura de autoridad más o menos severa o permisiva a la que debía respeto, un borroso respeto que se había ido desdibujando a medida que transcurrían los años, hasta convertirse en una suerte de rutina moral, una de esas rutinas que engendran tedio y melancolía, ni siquiera sentimiento de culpa, pues resultaba evidente —en su austeridad que era casi desapego, en su pacífica aceptación del vínculo exclusivo que se había establecido entre mi madre y yo— que mi padre no deseaba una regeneración de esa rutina, incluso que se sentía cómodo en su desplazamiento.

Al menos una vez a la semana, viajaba a la ciudad de mi infancia, para ocuparme personalmente de los traslados de mi madre al hospital y de velar su sufrimiento, mientras aquellas soluciones químicas viajaban por sus venas cada vez más cárdenas y abultadas a medida que enflaquecía, como una lava abrasiva que arramblaba a su paso todo vestigio de vitalidad. Eran sesiones maratónicas que mataban incluso sus ganas de hablar y que, una vez terminadas, le infundían una especie de modorra afflictiva, a veces sobre-

saltada de náuseas, hasta convertirla en un gurrño; pero en los preparativos de la tortura, mientras médicos y enfermeras revoloteaban en su derredor, enchufada a una maraña de tubos que eran su salvación y su condena, y más tarde, en la convalecencia que seguía a cada sesión, hablábamos sin parar (o más bien hablaba yo, a ella le faltaba el resuello), porque según me había confesado mis palabras eran su mejor descanso. Y aunque era yo quien mantenía encendida la llama del coloquio, también mi madre intervenía de vez en cuando, con preguntas o comentarios escuetos si aún la martirizaba la resaca de la quimioterapia, o incluso con alguna parrafada si se hallaba de humor. Gozábamos entonces de una intimidad absoluta, el trasiego del personal sanitario era tan sólo un runrún lejano y la penumbra hospitalaria era el mejor acicate de la confianza, pero jamás me anticipó que tuviera que contarme algo muy importante, nada perentorio o dramático o solemne. Mi impresión, más bien, era que ya nos habíamos contado todo lo que merecía la pena ser contado, no parecía mediar entre nosotros secreto alguno, no desde luego ninguno de esos secretos cuya omisión pueda interpretarse como reticente o traicionera. Aunque era una mujer ya septuagenaria, aunque no participaba de esa especie de desfachatez exhibicionista que parece haberse adueñado de nuestra época (pero quizá el exhibicionismo sea el aspaviento de quienes nada valioso tienen que mostrar), no era mi madre mujer introvertida, mucho menos pudibunda o mojigata, que se retrajera o amilanase ante una verdad que necesitaba expeler. Y empleo este verbo de connotaciones un tanto fisiológicas porque la sinceridad era para ella una segregación natural, incluso cuando pudiera ofender o embarazar a su destinatario. Y así, por ejemplo, nunca había tenido rebozo en reconocerme que el amor que profesaba a mi padre, sin alcanzar la categoría de rutina moral, había sido más bien una forma de gratitud, compasiva más que apasionada, que sin embargo nunca había flaqueado, sino que

por el contrario se había robustecido a medida que ambos se hacían viejos.

Para que yo no interpretase que esa forma de gratitud era manifestación de una inercia o un conformismo, mi madre encomiaba sus virtudes (que eran más bien virtudes sin brillo, laboriosidad y honradez y sobriedad y también abnegación, o quizá las virtudes con brillo sean meros oropeles) y recordaba una y otra vez aquellos pasajes más difíciles de su biografía, cuando recién llegada a Madrid, huérfana de exiliados y sin medios de subsistencia, fuera de las habilidades prestidigitadoras que le había enseñado el abuelo Fidel, el legendario abuelo Fidel, mi padre le ofreció matrimonio. Utilizaba esta expresión de registro mercantil, «ofrecer matrimonio», a sabiendas de que al hacerlo me mostraba un flanco desguarnecido para que yo cuestionara la naturaleza transaccional de aquel casamiento: a cambio de una oferta de seguridad y protección, mi madre había entregado la libre disposición de sus sentimientos. Pero entonces ella se revolvía con vehemencia (o sólo con abatimiento, si aún convalecía de la sesión de quimioterapia) y me recordaba que en aquella época una mujer sola no podía disponer libremente de sus sentimientos. Al menos ella había encontrado a un hombre bueno que no los pisotease, un hombre que los había mantenido en usufructo durante medio siglo, devolviéndoselos intactos.

Había sido una mujer bella, incluso en la edad proveya, hasta que el cáncer le lanzó su dentellada. Bella de ese modo intrépido, nada señoritingo, de las mujeres que guardan el rescoldo de una infancia sufrida y por temperamento, más que por disposición genética, se resisten a convertirse en matronas; más pizpireta que sensual (en sus retratos de juventud guardaba cierto parecido con Miriam Hopkins, una actriz de comedia que ya casi nadie recuerda), con un punto de travesura o socarronería en la mirada. La devastación de la enfermedad había borrado sus rasgos más graciosos, algo que la vejez no había logrado antes, excaván-

dole las cuencas de los ojos, abombando su frente como si hubiese sufrido un ataque de meningitis, demacrando sus mejillas; sólo los pómulos altos y la barbilla bien definida bajo la piel macilenta testimoniaban a la mujer que había sido. En las horas de postración que seguían a las sesiones de quimioterapia solía poner su mano entre las mías, como un animal aterido que busca su madriguera; era una mano casi yerta, abultada de venas en las que parecía haberse fosilizado la sangre, una mano sin pulso ya, pero todavía sensible a las caricias. Me miraba con una suerte de abstraída ternura, desgraciadamente sin fuerzas para la travesura o la socarronería que antaño iluminaban su rostro; quizá en esa mirada viajasen juntos, en delicada amalgama, la compasión y el vago reproche. Ella siempre había contemplado con preocupación mis tendencias misántropas y depresivas, que se habían agudizado con la viudez; creo que, de un modo tortuoso, con esa infinita capacidad afflictiva que caracteriza a las madres y las empuja a cargar con culpas que no les incumben, juzgaba que mi vocación de soledad era el fruto indeseado de alguna falla en mi educación sentimental, y por lo tanto de alguna negligencia o descuido suyo. La martirizaba la idea de marcharse del mundo sin haber logrado rectificar esa vocación; por eso cuando supo que, ya cuarentón y un poco resabiado, me iba a casar con Nuria, casi veinte años más joven que yo, se sintió aliviada, incluso dichosa, como quien expía un pecado y obtiene la absolución. Nuria había sido mi alumna en la facultad, después doctoranda en un curso especial sobre mecenazgo eclesiástico en la Alta Edad Media; era jovial y resuelta, el contraste idóneo para mi indecisión y mi pesimismo ceniciento. Durante años habíamos mantenido ese coqueteo intrascendente (y semiclandestino, según impone el puritanismo académico), tan común entre maestros y discípulos, que disfraza el interés erótico de interés intelectual. Habíamos mantenido algún escarceo (extramuros de la universidad, por supuesto, lo otro se juzga indecente) y planeado

escapadas de fin de semana, pero sin más implicación que el puro disfrute del instante; luego, durante la semana, veía a Nuria requerida y asediada por sus compañeros de clase (con quienes ella misma me había confesado que también mantenía escarceos y planeaba escapadas) y me resistía a juzgar a los competidores, no quería incurrir en la pasión in noble de los celos y además sabía que jugaba con desventaja, ellos eran sin duda más vigorosos y divertidos que yo. Cuando Nuria me pidió que le dirigiera la tesis me sobresalté tanto como si me hubiese «ofrecido matrimonio»; y acepté bajo el efecto todavía de ese sobresalto, sabiendo que mi aquiescencia equivalía a una promesa nupcial. El asunto sobre el que versaría su tesis era la recepción de Petrarca entre los poetas cortesanos españoles; pero ambos sabíamos que el petrarquismo estaba sobradamente estudiado, tanto como para que la conclusión de su tesis pudiese ser postergada *sine die* sin riesgo de cataclismo.

Suele afirmarse que los viejos buscan a las jóvenes por concupiscencia, por satisfacer un declinante impulso lúbrico. Nada más falso: las buscan para exorcizar el invierno, para que su calor y su júbilo conjuren el aliento de la muerte. Acaso yo no mereciese aún el calificativo de viejo (no, al menos, en términos estrictamente biológicos), pero mis propensiones taciturnas demandaban, como los augurios fúnebres del viejo, un reactivo que las derrotara y disolviera. Nuria estaba poseída de ese sagrado entusiasmo de las criaturas que aún creen en el futuro (su porvenir expandiéndose, mientras el mío se achicaba); estaba poseída también por una curiosidad incesante, ávida, sin método ni esclusas, que se extendía mucho más allá de los mecenazgos eclesiásticos y el petrarquismo, derramándose sobre el mundo. Era una curiosidad un poco suicida, que se utilizaba a sí misma como cobaya; al pedirme que nos casáramos seguramente estaba poniendo a prueba si el matrimonio es, como dicen algunos, la sepultura del amor. También dicen que suegras y nueras están condenadas a enzarzarse en mil

querellas que no son sino escaramuzas de una disputa única y esencial, la disputa por el hombre que ambas quieren en exclusiva. Pero mi madre renunció enseguida a esa disputa, más bien saludó la irrupción de Nuria en mi vida como un benéfico traspaso de poderes que por fin la liberaba de la congoja que durante años la había atenazado, mientras me veía envejecer en soledad. Quizá ya la asaltasen por entonces premoniciones de muerte, aunque aún no le hubieran diagnosticado el cáncer; quizá descubriese, con el mismo vergonzante alborozo que yo, que Nuria era intrépida y socarrona, más pizpireta que sensual, y que incluso guardaba un cierto parecido (muy diverso al de mi madre, pero en cierto modo complementario) con Miriam Hopkins, aquella actriz de comedia que ya casi nadie recuerda. Hicieron enseguida buenas migas; y juraría (aunque mi madre nunca me lo declaró) que aquel rasgo de supervivencia edípica que me había conducido hasta Nuria la enorgullecía íntimamente.

Nuria se mató, o la maté, antes de que se cumpliera el primer aniversario de nuestra boda. Viajábamos a la ciudad de mi infancia, para rendir una de esas periódicas visitas que tanto congratulaban a mi madre, y que incluso mi padre, más esquivo o displicente, aguardaba con expectación, conquistado también por la efusividad de Nuria. En honor a la verdad, aquel día Nuria no estaba efusiva como en ella era costumbre, sino más bien pesarosa y casi irascible. Habíamos parado a repostar gasolina poco después de atravesar el túnel de Navacerrada; allí, mientras yo bregaba con la manga del surtidor, se había retirado hasta un desmonte para mantener una conversación telefónica, una conversación de largos silencios y sucintas palabras, según pude observar, mientras la esperaba montado en el coche. Nos pusimos otra vez en marcha y Nuria olvidó abrocharse el cinturón de seguridad; o tal vez no lo olvidara, extrañamente no había hecho otra cosa desde que salimos de Madrid que quejarse del cinturón, sostenía que le apretaba

demasiado, que le oprimía el vientre, una pejiiguera que no tomé en consideración, o que despaché mentalmente (un resabio misógino) como uno de esos síntomas fastidiosos que anuncian la menstruación. Pisé el acelerador con alegría, con esa incitación un poco mema que provoca en los conductores el ronroneo pacífico del motor. Atravesábamos un viaducto cuando reventó una de las ruedas traseras; nos sobresaltó más la sacudida que el estallido del neumático. Intercambié una mirada de alarma con Nuria, que lanzó instintivamente su mano izquierda sobre mi muslo, hasta clavar me las uñas a través de la tela; yo me aferraba al volante tratando de sostener la dirección, a la vez que levantaba el pie del acelerador y lo llevaba al freno, pero todo fue en vano, o quizá el frenazo brusco no hizo sino agravar la situación. El coche, ingobernable ya, embistió oblicuamente contra la mediana, que actuó como un trampolín; mientras dábamos una vuelta de campana, sentí toda la energía cinética provocada por el impacto concentrada en mis costillas, que crujían como un haz de ramas secas, oprimidas por el cinturón de seguridad, a la vez que los añicos del parabrisas me acribillaban el rostro. Antes de que el coche hubiese concluido su pirueta, entre el granizo de cristales rotos, vi a Nuria salir catapultada por el hueco del parabrisas, como una marioneta a la que alguien hubiese quebrado los hilos, ingrávida y perpleja como un ángel que descubre que puede elevarse, aunque le hayan arrancado las alas; aún recuerdo su rostro demudado, los ojos absortos de horror y la melena como un pájaro despavorido, la boca atrapada en un grito que la garganta no llegó a proferir, su rostro último que desciende sobre mis pesadillas como un sudario, para ahogarme la respiración. El coche ya se arrastraba por el asfalto, entre un rechinar de hierros desguazados, mientras Nuria sobrevolaba el viaducto y caía al barranco, convocada otra vez por las leyes de la gravedad. Aunque las costillas fracturadas y la sangre que descendía copiosamente por mi frente me invitaban a la inconsciencia, reuní